

## **V. FILOLOGÍA INGLESA**



## VISIONES DE *DON QUIJOTE* EN EL ROMANTICISMO INGLÉS

*Beatriz GONZÁLEZ MORENO*  
Universidad de Castilla-La Mancha

Proclamaba Ortega y Gasset en sus *Meditaciones del Quijote* (1924-1925): “¿Habrá un libro más profundo que esta humilde novela de aire burlesco? Y, sin embargo, ¿qué es el *Quijote*? ¿Sabemos bien lo que de la vida aspira a sugerirnos? Las breves iluminaciones que sobre él han caído proceden de almas extranjeras”<sup>1</sup>.

Sirva la cita para constatar, por un lado, la complejidad de una obra cuyos avatares no han dejado de enriquecerla; y, por otro, la necesidad de recordar que *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* se leyó a lo largo del siglo XVII como un libro eminentemente humorístico, como una “humilde novela de aire burlesco”; la profundidad a la que se refiere Ortega habría que buscarla un par de siglos después y llegaría, en buena medida, de manos inglesas.

Cuando *Don Quijote* llega a Inglaterra gracias a la traducción de Thomas Shelton (1ª parte, 1612; 2ª parte, 1620), su lectura sigue despertando la hilaridad de un público que ve en el caballero andante a un verdadero loco y ecos de la cual el lector del momento encuentra en obras como el poema satírico de Samuel

---

<sup>1</sup> José Ortega y Gasset: *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Espasa, 1982, págs. 90-91.

Butler, *Hudibras* (1663-78). Dicha obra, es preciso señalar, fue ilustrada por el gran satírico de la sociedad inglesa William Hogarth (1697-1764); y no es, pues, de extrañar que él mismo contribuyera a cimentar la visión burlesca de Don Quijote al iluminar ciertos pasajes de la obra (ver apéndice pictórico).

El siglo XVIII es el encargado de atestiguar hasta qué punto la influencia cervantina había arraigado en tierras inglesas no sólo en lo que al desarrollo de la novela moderna se refiere, sino también en el modo en el que se plasma la sátira social, la burla o la simple comedia. Henry Fielding encontró en el ingenioso hidalgo la inspiración para su ópera *Don Quixote in England* (1729) y una franca influencia para su *Joseph Andrews* (1742), en cuya portada declaraba “written in Imitation of the Manner of Cervantes” y donde señalaba que había creado un “English Don Quixote”. Jonathan Swift y Laurence Sterne también se encontraban bajo la influencia de *Don Quijote*; y Charlotte Lennox escribía *The Female Quixote* (1752), que serviría de inspiración, a su vez, para las heroínas de Ann Radcliffe o la quijotesca novela de Jane Austen, *Northanger Abbey* (1818)<sup>2</sup>. En definitiva, un claro resumen del espíritu dieciochesco frente a la novela de Cervantes nos lo ofrece Tobias Smollett, que había trabajado en su propia traducción de *Don Quijote* y que declaraba en el prólogo a su obra *The Adventures of Roderick Random* (1748):

“The world actually began to be infected with the spirit of knight-errantry, when Cervantes, by an inimitable piece of ridicule, reformed the taste of mankind, representing chivalry in the right point of view, and converting romance to purposes far more useful and entertaining, by making it assume the sock, and point out the follies of ordinary life”<sup>3</sup>.

Sin embargo, el siglo XVIII estaba también gestando una nueva lectura de *Don Quijote*: la obra seguirá siendo para algunos un modo útil, a la par que

---

<sup>2</sup> Sobre el siglo XVIII y la repercusión satírico-humorística de *Don Quijote*, véase Donald Paulson: *Don Quixote in England. The Aesthetic of Laughter*. Baltimore and London: The John Hopkins University Press, 1998.

<sup>3</sup> Tobias Smollett: *The Adventures of Roderick Random*. En: <http://www.gutenberg.org/dirs/etext03/7rran10.txt>.

divertido, de señalar las locuras y los vicios del momento; pero para otros, el caballero andante comenzaba a alzarse como un héroe trágico víctima del conflicto entre los sueños del individuo y una sociedad que le es hostil. Haciéndose eco del germen de este nuevo individualismo, Samuel Johnson (1709-1784), gran lector de romances y novelas de caballerías, proclamaba en *The Rambler* (nº 2, 1750): “When we pity him, we reflect on our own disappointments; and when we laugh, our hearts inform us that he is not more ridiculous than ourselves, except that he tells what we have only thought”<sup>4</sup>. De este modo, los pensadores dieciochescos no sólo atendían a la visión caricaturesca de don Quijote, sino que también comenzaban a abrir la puerta a un héroe cuya locura era fruto de los placeres de la imaginación.

Con el nacimiento y la conformación de la Estética como disciplina en el siglo XVIII, cobraba especial relevancia el sujeto y el juicio subjetivo del individuo sobre cuestiones como el gusto, la belleza o la sublimidad. Joseph Addison fue uno de los primeros en revestir de valor estético el humor y el ingenio, pero también en alabar la imaginación y los placeres que de ella se derivaban. En este orden de cosas, don Quijote comienza a alzarse como símbolo del poder del individuo para trascender una realidad opaca desprovista de aventuras. Y, así, encontramos ecos de nuestro caballero andante en el siguiente extracto de “The Pleasures of the Imagination” (1712), donde Addison contrapone la rica capacidad del ser humano para verter una “visionary beauty” frente a toda la creación y la realidad que nos es devuelta cuando cesan los poderes visionarios:

“In short, our Souls are at preset delightfully lost and bewildered in a pleasing Delusion, and we walk about like the Enchanted Hero of a Romance, who sees beautiful Castles, Woods and Meadows; and at the same time hears the warbling of Birds, and the purling of Streams; but upon the finishing of some secret Spell, the fantastick Scene breaks up, and the disconsolate Knight finds himself on a barren Heath, or in a solitary Desert”<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> Ian Watt: *Myths of Modern Individualism*. Cambridge: CUP, 1997, pág. 219.

<sup>5</sup> Richard Steele y Joseph Addison: *Selections from The Tatler and The Spectator*. London: Penguin, 1988, págs. 376-377.

Resulta del todo interesante la referencia a ese desierto solitario, ya que será el escenario de otra de las apariciones quijotescas, esta vez de manos de William Wordsworth (1770-1850) en pleno período romántico. Wordsworth escribía *The Prelude* (1799, 1805, 1850) como una suerte de autobiografía poética destinada a consagrar su genio como *vate* en su doble acepción, a saber, como poeta y como profeta; por este motivo, es de especial relevancia el hecho de que aluda a *Don Quijote* en uno de los pasajes más controvertidos de la crítica literaria wordsworthiana: “el sueño del árabe” descrito en el libro V<sup>6</sup>. El pasaje se inicia con la descripción del poeta leyendo *Don Quijote* junto a una cueva<sup>7</sup>; cueva que, dado el devenir del sueño posterior, es comparable a la cueva de Montesinos puesto que tanto el poeta como don Quijote experimentan en su interior una revelación onírica de difícil interpretación. El poeta cierra el libro y, mientras reflexiona sobre la poesía y la geometría, se queda dormido. Se encuentra entonces perdido en una solitaria planicie cuando ve acercarse a un árabe que lleva una lanza, una piedra y una concha marina, estos dos últimos elementos siendo libros a su vez. El soñador, que piensa que el beduino no es sino un guía que le llevará por el buen camino, descubre que su supuesto salvador es una suerte de visionario profeta. Éste le explica que la piedra simboliza el principio de Euclides y que la concha es un libro de más valor, la poesía, ya que su interior vaticina la destrucción de todos los niños sobre la faz de la tierra. Los libros se revelan como un compendio de sabiduría que convierten a su portador en un profeta. El poeta le pide permiso para compartir su empresa, pero ese árabe errante se marcha; y según se aleja, lo percibe también como “ese caballero del que nos habla Cervantes”. Lo que sigue es la reflexión del poeta sobre ese Quijote:

“Full often, taking from the world of sleep  
This Arab phantom, which I thus beheld,  
This semi-Quixote, I to him have given

---

<sup>6</sup> Sobre este aspecto, véase Edward Dudley: “Cervantes and Wordsworth: Literary History as Literature and Literature as Literary History”. En: Manuel Criado de Val (dir.): *Cervantes, su obra y su mundo*. Madrid: Edi, 1981.

<sup>7</sup> Según leamos la versión de 1805 o la de 1850 el que está leyendo junto a la cueva es un amigo que cuenta al poeta su experiencia o el propio poeta rememorando su experiencia onírica.

A substance, fancied him a living man –  
 A gentle dweller in the desert, crazed  
 By love, and feeling, and internal thought  
 Protacted among endless solitudes;  
 Have shaped him wandering upon his quest!  
 Nor have I pitied him; but rather felt  
 Reverence was due to a being thus employed;  
 And though that, in the blind and awful lair  
*Of such a madness, reason did lie couched*" [V, 141-152]<sup>8</sup>.

Los versos ponen de manifiesto hasta qué punto el germen dieciochesco ha prendido y dado sus frutos en el Romanticismo. La valoración que Wordsworth nos ofrece de ese árabe/don Quijote es la de la locura como una forma de verdad divina. Teniendo en cuenta hasta qué punto el poeta había hecho suya la imagen de don Quijote, no es de extrañar que Hazlitt describiera a Wordsworth en estos términos: "The power of his mind preys upon itself. It is as if there were nothing but himself and the universe [...]. I think I see him now. He answered in some degree to his friend's description of him, but was more gaunt and Don Quixote-like"<sup>9</sup>. Don Quijote se alza como símbolo del poeta que ve una realidad inaccesible a la mente ordinaria y que ofrece una verdad más valiosa precisamente por ser más extraña, y muchas veces fugaz. Tal y como señala Close, "the Romantics conceived themselves as heroic seekers after visions of beauty which were doomed to fail to make actual in art or life"<sup>10</sup>.

Otro poeta que se mueve en la estela de *Don Quijote* es Samuel Taylor Coleridge (1772-1834). Como el caballero andante, Coleridge vaga entre la realidad y el sueño; y busca en el espacio onírico esa fuente de revelación que constituye el *anima* de su poesía. No es de extrañar, pues, que casi al final de sus días, confinado en su habitación, con una condición mental inestable y adicto al láudano y al opio, aprovechara uno de los períodos de remisión para

<sup>8</sup> William Wordsworth: *The Prelude 1799, 1805, 1850*. New York - London: Norton & Company, 1979, pág. 158. El énfasis es mío.

<sup>9</sup> John Jones: *The Egotistical Sublime*. London: Chatto & Windus, 1960, pág. 29.

<sup>10</sup> Anthony Close: *The Romantic Approach to Don Quixote*. Cambridge: CUP, 1978, pág. 37.

dar una conferencia sobre Cervantes en 1818. Y aunque no es un ensayo lo que se conserva, sino una suerte de apuntes más o menos desarrollados, resulta fácil colegir qué opinión le merecía *Don Quijote*.

Abrió la misma comparando a Cervantes con Shakespeare, lo que enfatiza el grado de admiración que la obra cervantina había recibido en Inglaterra. Y prosigue luego dividiendo su conferencia en dos partes: una relativa al valor simbólico de *Don Quijote*; y otra, relativa a la locura. Sobre la primera, poco se conserva; pero hemos de entender que la figura de don Quijote había alcanzado ya ese valor simbólico del hombre que defiende sus ideales en un mundo que le es adverso, y que el Romanticismo dejaría en herencia como nuevo nivel interpretativo. En cuanto a la segunda parte, sí dejó Coleridge un corpus de anotaciones más conexas.

Coleridge había teorizado extensamente sobre la imaginación en su *Biographia Literaria* considerándola como un poder mágico que reconcilia los opuestos, al individuo con la naturaleza; sin embargo, un exceso de imaginación puede conducir a cierto tipo de locura. Ahora bien, como nos recuerda Close, “where the seventeenth and eighteenth centuries could only see an excess of the imaginative faculty as a blight, the Romantics could only see it as a sublime merit”<sup>11</sup>. Según esto, no es de extrañar que para Coleridge don Quijote no esté loco: “Don Quixote’s leanness and featureliness are happy exponents of the excess of the formative or imaginative in him”<sup>12</sup>. Don Quijote sólo padece un exceso de imaginación y la locura que sufre no es la locura enfermiza tal y como hoy la entendemos, sino una locura fruto de los humores. Y es este tipo de locura la que según las teorías neoplatónicas hasta el romanticismo posee el genio, consagrado a sus ideales y movido sólo por la libertad. Es más: sus rasgos responden al prototipo romántico de hombre melancólico. Y si atendemos a la definición que del carácter melancólico nos ofrece Kant en sus *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y de lo sublime* (1764), resulta fácil encontrar el reflejo de don Quijote:

“El hombre de carácter melancólico se preocupa poco por lo que juzgan los demás, lo que consideran bueno o verdadero, por eso se

<sup>11</sup> Close, op. cit., pág. 53.

<sup>12</sup> Samuel Taylor Coleridge: *Essays and Lectures*. London: J. M. Dent & Sons Ltd., 1951, pág. 249.



funda solamente en su propia comprensión. No es fácil que cambie de opiniones porque sus motivaciones adoptan en él la naturaleza de sus principios; su constancia degenera también algunas veces en obstinación [...]. Son abominables para él todas las cadenas, tanto las de oro que llevan los cortesanos, como las pesadas de hierro que llevan los galeotes [...]. Cuando este carácter degenera, la seriedad se inclina hacia la melancolía, la devoción al fanatismo, su celo por la libertad hacia el entusiasmo. La ofensa y la injusticia encienden en él un deseo de venganza, en cuyo caso es muy de temer. Arrostra el peligro y desprecia la muerte [...]. Si el entendimiento es más débil, entonces viene a parar en esperpentos. Sueños simbólicos, censura y prodigios. Corre el peligro de ser un *visionario* o un *chiflado*<sup>13</sup>.

La cita recoge dos aspectos fundamentales que contribuyen a consagrar a don Quijote como símbolo del hombre romántico; uno es la relación que se establece entre el melancólico, a la vez sublime, y la libertad. Y no podemos dejar de recordar, en este sentido, las palabras del propio don Quijote:

“La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres”<sup>14</sup>.

El otro aspecto fundamental, tal y como señalaba antes, es el de la melancolía visionaria, o lo que es lo mismo, el exceso de imaginación. Coleridge había leído a Kant y estaba familiarizado con la teoría de los humores; por ese motivo, resulta interesante este último punto sobre el entendimiento al que alude Kant y que Coleridge explica más explícitamente en su conferencia:

“His [Don Quixote’s] understanding is deranged; and hence without the least deviation from the truth of nature, without losing the least

---

<sup>13</sup> Immanuel Kant: *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y de lo sublime*. Madrid: Alianza Editorial, 1990, pág. 53-54.

<sup>14</sup> Miguel de Cervantes: *Don Quijote de la Mancha* (ed. dir. por Francisco Rico). Barcelona: Crítica (Instituto Cervantes), 1998, II/cap. LVIII/pág. 1195.

trait of personal individuality, he becomes a substantial living allegory, or personification of the reason and the moral sense, divested of the judgment and the understanding. Sancho is the converse. He is the common sense without reason or imagination”<sup>15</sup>

Y así mientras los primeros lectores de *Don Quijote* veían en el protagonista a un chiflado, los lectores románticos ven a un visionario, cuyo único defecto es una debilidad de entendimiento que le es dado subsanar a Sancho: “Put him and his master together, and they form a perfect intellect [...]. These two characters possess the world, alternately and interchangeably the cheater and the cheated”<sup>16</sup>. Aserto que, por otro lado, alude a la compleja dualidad humana y de la que, un siglo después, George Orwell (1903-50) se hacía eco en uno de sus ensayos:

“Two principles, noble folly and base wisdom, exist side by side in nearly every human being. If you look into your own mind, which are you, Don Quixote or Sancho Panza? Almost certainly you are both. There is one part of you that wishes to be a hero or a saint, but another part of you is a little fat man who sees very clearly the advantages of staying alive with a whole skin. He is your unofficial self, the voice of the belly protesting against the soul... it is simply a lie to say that he is not part of you, just as it is a lie to say that Don Quixote is not part of you either”<sup>17</sup>.

Para Anthony Close, el enfoque romántico de la obra cervantina se articula mediante tres puntos fundamentales: la idealización del héroe y la negación del propósito satírico de la obra; la interpretación de su simbolismo, de todo su espíritu y estilo, de tal manera que reflejen la ideología, la estética y la sensibilidad de la era moderna; y la creencia de que la novela es simbólica y que expresa ideas sobre la naturaleza de la historia de España. Como ya hemos visto, Wordsworth y Coleridge profundizaron sobre los dos primeros

<sup>15</sup> Coleridge, op. cit., pág. 251.

<sup>16</sup> *Ibidem*.

<sup>17</sup> George Orwell: *A Collection of Essays* (New York, 1954). En Watt, op. cit., pág. 75.

aspectos; pero es otro poeta el que pondrá de manifiesto la relación que *Don Quijote* mantiene con la historia española. Lord Byron (1788-1824) arremete abiertamente contra Cervantes en su *Don Juan* (canto XIII) por maltratar a un personaje tan noble y por utilizarle para acabar con los héroes de España: “Cervantes smiled Spain’s chivalry away”<sup>18</sup>:

“Of all tales, ‘tis the saddest – and more sad,  
Because it makes us smile: his hero’s right,  
And still pursues the right; - to curb the bad  
His only object, and ‘gainst odds to fight  
His guerdon: ‘tis his virtue makes him mad!”<sup>19</sup>.

Y así prosigue en su invectiva contra Cervantes, atribuyendo a su obra una triste moral: la de desterrar el idealismo del mundo y tacharlo de sentimiento vano. Lord Byron encuentra en don Quijote un símbolo del héroe maldito, del proscrito dispuesto a seguir luchando por los ideales de la novela de caballerías<sup>20</sup>. A este respecto, es preciso recordar que para los románticos, la imaginación era un privilegio que comportaba un arma de doble filo: “It imposed on the artist a heavy price of suffering, estranging him from his fellow-men and deranging his mind and his emotions. Consequently, the Romantic hero tended to be both a Man of superior sensibility and an outsider”<sup>21</sup>. De modo que, si me refería a Hogarth como el ilustrador del *Quijote* burlesco, remito al lector ahora a Doré (1832-1883), quien consagró la imagen visual del *Quijote* tal y como lo veían los románticos; no es de extrañar que entre su lista de ilustraciones hallemos las realizadas para *The Rime of the Ancient Mariner* de Coleridge (ver apéndice pictórico).

En un intento de responder a la pregunta inicial de Ortega, hemos buscado en esas almas extranjeras, en este caso inglesas, para que esta “humilde novela de aire burlesco” cobre la profundidad que se merece. Así, si bien ciertos pasajes siguen provocando la carcajada, los románticos nos han enseñado a leer también *Don Quijote* casi como una tragedia: la del hombre solo que lucha por

---

<sup>18</sup> Lord George Gordon Noel Byron: *The Works of Lord Byron*. Ware: Wordsworth Editions, 1994, pág. 794.

<sup>19</sup> *Ibidem*.

defender sus ideales y que tiene como única arma la imaginación. Don Quijote se convierte en un símbolo del poeta, del visionario, que intenta reconciliar el mundo de los sueños con la prosa de la realidad; pero también se alza como epítome del hombre moderno, definido por un individualismo que constata la soledad de un individuo cuando sus deseos entran en conflicto con los de la sociedad que le rodea.

Como lectora de *Don Quijote* y de romances artúricos siempre me impresionó ver transformadas las tierras manchegas en auténticos “bosques” preñados de magia y que tanto me recordaban a esos parajes que recorrían los Caballeros de la Mesa Redonda; y era más bien con tristeza que devolvía mis ojos a la realidad para encontrarme sin cuevas encantadas, sin hechiceros, contemplando el desierto solitario al que aludía Addison. Siempre quise creer con don Quijote que Clavileño voló y hago más las palabras de Unamuno de que no hay episodio más triste que ese y cómo “no nos es dado a todos gozar de visiones y menos aún el creer en ellas y creyéndolas hacerlas verdaderas”<sup>22</sup>. Y así, nunca me convenció esa súbita recuperación de don Quijote justo antes de morir y lo leía como una farsa más del caballero que nunca estuvo loco y que sólo ponía punto final a un juego de la imaginación. Por ese motivo:

“We identify with Don Quixote, hope that he will triumph over reality, and are both relieved and envious when he succeeds, time and time again, in making every body else play his own game merely by his obstinate refusal to play any other. At the same time, we find the narrator’s mockery of Quixote gratifying, because it helps us acknowledge the feeble caution of our own irresolute attempts to live the life of our dreams”<sup>23</sup>.

---

<sup>20</sup> Sir Walter Scott sería el encargado de hacer que resurgiera la novela de caballería en Inglaterra; era un gran lector de *Don Quijote* y admiraba el genio de Cervantes. Sobre este punto, véase Daniel Eisenberg: *La interpretación cervantina del Quijote*. Madrid: Compañía literaria, 1995.

<sup>21</sup> Close, op. cit., pág. 53.

<sup>22</sup> Miguel de Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho*. Madrid: Espasa, 1971, págs. 155-156.

<sup>23</sup> Watt, op. cit., pág. 73.

**BIBLIOGRAFÍA**

- BYRON, Lord George Gordon Noel: *The Works of Lord Byron*. Ware: Wordsworth Editions, 1994.
- CERVANTES, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha* (ed. dir. por Francisco Rico). Barcelona: Crítica (Instituto Cervantes), 1998.
- CLOSE, Anthony: *The Romantic Approach to Don Quixote*. Cambridge: CUP, 1978.
- COLERIDGE, Samuel Taylor: *Essays and Lectures*. London: J. M. Dent & Sons Ltd., 1951.
- CRiado DE VAL, Manuel (dir.): *Cervantes, su obra y su mundo*. Madrid: Edi, 1981.
- EISENBERG, Daniel: *La interpretación cervantina del Quijote*. Madrid: Compañía literaria, 1995.
- JONES, John: *The Egotistical Sublime*. London: Chatto & Windus, 1960.
- KANT, Immanuel: *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y de lo sublime*. Madrid: Alianza Editorial, 1990.
- LENAGHAN, Patrick: *Imágenes del Quijote* (en colaboración con Javier Blas y José Manuel Matilla). Madrid: The Hispanic Society of América, Museo Nacional del Prado, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 2003.
- ORTEGA Y GASSET, José: *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Espasa, 1982.
- PAULSON, Donald: *Don Quixote in England. The Aesthetic of Laughter*. Baltimore and London: The John Hopkins University Press, 1998.
- STEELE, Richard y Addison, Joseph: *Selections from The Tatler and The Spectator*. London: Penguin, 1988.
- UNAMUNO, Miguel de: *Vida de Don Quijote y Sancho*. Madrid: Espasa, 1971.
- WATT, Ian: *Myths of Modern Individualism*. Cambridge: CUP, 1997.
- WORDSWORTH, William: *The Prelude 1799, 1805, 1850*. New York - London: Norton & Company, 1979.

**Apéndice pictórico**

1. William Hogarth

*La ventera y su hija emplastan a don Quijote* [I: 16]



2. Henri Pisan por dibujo de Gustave Doré  
*Montesinos dirige la palabra a la imagen viviente de  
Durandarte en presencia de don Quijote* [II: 23]